

EDICIONES MUSICALES

*Concerto en mi bemol, para orquesta de cámara, «Dumbarton Oaks»,
de Igor Strawinsky.*

Durante su estada en Dumbarton Oaks, en los años 1937 y 1938, Igor Strawinsky dió término a su «Concerto en mi bemol, para orquesta de cámara».

Sin necesidad de examinar detalladamente la partitura de esta obra, se llega a la conclusión que el espíritu neo-clasicista del último estilo de su autor se ha ido acentuando a través de la trayectoria que comienza después del estreno del «Sacre du Printemps» (1913) y que llega, por la «Sinfonía de los Salmos» (1930), hasta la «Sinfonía en Do», escrita en 1940.

Consta este «Concerto» de tres movimientos. El primero es de carácter moderado; el segundo, un Allegretto, terminando con un allegro vivo.

Sin huir de una constitución más o menos formal, el compositor expone primeramente, en el tiempo inicial, en vez de temas, ricas agrupaciones rítmicas, que son las que le dan el carácter tan típico de su autor. La flauta, los violines y las violas son las que están encargadas de llevar esta parte principal, mientras que el clarinete, el fagot, los cornos, violoncellos y contrabajos van organizando un sólido material de relleno en el cual finalmente se funden los instrumentos mencionados en primer término. Tanto el fagot como los cornos, van dando cierto tinte expresivo a este movimiento el que, unos treinta compases antes de finalizar, vuelve a adquirir un aspecto rítmico-formal semejante al comienzo, pero bastante lejos de ser el mismo. Sólo hablando desde un punto de vista muy amplio se podría admitir en este movimiento la forma clásica de exposición-desarrollo-reexposición.

En los movimientos restantes sólo se registra un leve espíritu clásico-formal en el segundo. Este cuenta con la profusa riqueza rítmica y el fastuoso color armónico que sólo se halla en el «Sacre». Comienza con un pequeño juego instrumental que poco a poco desemboca en un tutti orquestal que se mantiene hasta más o menos, también treinta compases, antes del final, en los cuales idea un «nuevo juego instrumental», pero totalmente diferente al del comienzo.

El tiempo final se inicia con una introducción de unos cuarenta compases, que va concentrando el interés del auditor hasta llegar a un curioso pasaje contrapuntístico, muy corto, (unos veinticinco compases) en el que Strawinsky hace gala de su reconocida técnica. Usa muy pocas variantes del tema (veinticinco compases no constituyen un campo muy vasto), logrando ensamblar esta parte, muy ingeniosamente, con la última del tiempo, que es la más larga. Diluye así el pasaje contrapuntístico en otro, cuya característica es quizás la más representativa del estilo de Strawinsky: la obstinación rítmica, que se mantiene hasta el final de la obra.

La pulcra edición que hemos comentado pertenece a la Casa Schott, de Londres, que también ha editado una reducción de esta misma obra, para dos pianos.

DAVID NUTELS.